

PONENCIAS

Seminario
Sevilla 1809:
la convocatoria de las Corte de Cádiz

Antonio Garnica Silva

PN08/09



El Centro de Estudios Andaluces es una entidad de carácter científico y cultural, sin ánimo de lucro, adscrita a la Consejería de la Presidencia de la Junta de Andalucía.

El objetivo esencial de esta institución es fomentar cuantitativa y cualitativamente una línea de estudios e investigaciones científicas que contribuyan a un más preciso y detallado conocimiento de Andalucía, y difundir sus resultados a través de varias líneas estratégicas.

El Centro de Estudios Andaluces desea generar un marco estable de relaciones con la comunidad científica e intelectual y con movimientos culturales en Andalucía desde el que crear verdaderos canales de comunicación para dar cobertura a las inquietudes intelectuales y culturales.

Ninguna parte ni la totalidad de este documento puede ser reproducida, grabada o transmitida en forma alguna ni por cualquier procedimiento, ya sea electrónico, mecánico, reprografía, magnética o cualquier otro, sin autorización previa y por escrito de la Fundación Centro de Estudios Andaluces.

Las opiniones publicadas por los autores en esta colección son de su exclusiva responsabilidad

© 2009. Fundación Centro de Estudios Andaluces. Consejería de Presidencia. Junta de Andalucía
Prohibida su venta.



ÍNDICE

4

José María Blanco White y la Junta Central

Antonio Garnica Silva

Universidad de Sevilla



José María Blanco White y la Junta Central

Antonio Garnica Silva

Catedrático de Filología Inglesa

Universidad de Sevilla



La conflictiva relación entre José Blanco White y la Junta Central aquí en Sevilla está bien reflejada en una de sus poesías es español, impresa en nuestra ciudad a finales de 1808 después de la entrada en Sevilla de aquella corporación el 16 de diciembre de aquel año. Llegaba la Junta Central a Sevilla huyendo del avance del ejército de Napoleón que había entrado triunfalmente en Madrid el 6 de diciembre de aquel año. Como mencionaremos más adelante Sevilla recibió a la Junta con toda la pompa tradicional de la ciudad. Blanco, que había vuelto a Sevilla varios meses antes, quiso unirse a la celebración con la composición poética a que nos referimos.

La poesía lleva el título de 'Oda a la instalación de la Junta Central', pero su contenido, salvo una breve alusión, tiene poco que ver con él. Es bastante probable que se tratara originariamente de una oda escrita poco después de su regreso a Sevilla donde fue testigo presencial del júbilo producido por la entrada del general Castaños tras la batalla de Bailén. La Patria había reaccionado con fuerza a la invasión francesa luchando por su libertad y había conseguido derrotar a un ejército que se creía invencible. Éste era precisamente el tema de la oda. Blanco utilizó esta composición, que tenía sin publicar, para celebrar como un sevillano distinguido la llegada de la Central.

Pero en el ejemplar impreso de esta oda que se conserva en la Universidad de Liverpool, el título que se refiere a la Junta Central fue tachado por el mismo Blanco y en su lugar escribió este otro: 'Oda a la reunión de las provincias de España'. Blanco se desdice de esta manera de aquel homenaje suyo a la Junta Central y le pone a su oda el título que corresponde realmente a su contenido. Porque fueron las Juntas locales, antes de la formación de la Central. las que llevaron a cabo aquella primera revolución contra los franceses que consiguió su mayor éxito en la emblemática batalla de Bailén.

Recordemos que Blanco había sido testigo presencial de los sucesos del Dos de Mayo de 1808, bien descritos en la duodécima de sus *Cartas de España*. el único documento que existe en el que se cuenta en primera persona aquellos tristes sucesos. Madrid era el remedio que Blanco había encontrado para solucionar la seria crisis religiosa que había empezado a sufrid en Sevilla en 1802, dos años después de su ordenación sacerdotal. Blanco fecha el comienzo de esta

crisis en una fecha concreta: el día 13 de julio de 1802, cuando pronunció en la Capilla Real un sermón a San Fernando que le había solicitado la Real Brigada de Carabineros.

Pero el origen de la crisis es muy anterior a la fecha indicada. En diciembre de 1794, a los diecinueve años de edad, cuando iba a recibir las órdenes menores, le manifestó a su madre que no quería seguir el camino del sacerdocio sino ingresar en la Marina. Su madre le respondió categóricamente: o las órdenes o el odiado escritorio de la casa comercial de la familia. Lo que movía a Blanco a dejar el camino emprendido era su repugnancia a la obligación de permanecer célibe si llegaba a ordenarse. Pero no encontró ninguna ayuda en su familia ni en sus amigos y se impuso la voluntad de su madre, que a toda costa quería un hijo sacerdote.

Poco más tarde al problema del celibato se añadió su reacción ante el triste destino de sus dos hermanas, Teresa María y María de la Salud que murieron jóvenes en sus conventos sin la debida asistencia médica y sin haber tenido la oportunidad de disfrutar de la vida. Tampoco se puede olvidar la influencia de la lectura de las obras de Feijoo que confirmó su visión racional de las cosas y su lectura posterior de las obras de Rousseau, que postulaban cambios importantes en la sociedad y en la religión. A Blanco le hizo una profunda impresión la Profesión de fe del vicario saboyano que negaba la eternidad de las penas del infierno. El sermón de San Fernando, que hemos mencionado más arriba lo puso en contacto con unos militares y un par de sacerdotes que tenían las mismas ideas que él con respecto a la religión. Con ellos podía expresar libremente sus dudas sin temor de ser denunciado a la Inquisición. De esta manera su fe acabó por derrumbarse.

La vida en Sevilla, donde tiene que vivir como sacerdote, se le hizo insoportable y en 1803, cada vez que puede y por cualquier motivo se escapa a Córdoba con su amigo Arjona o a Cádiz, la ciudad donde por primera vez sintió el aire de la libertad. Desde esta ciudad le escribe a su hermano Fernando una carta en la que le dice literalmente que ha ido allí 'para gozar de la soledad porque las costumbres están de modo que sólo puede ser uno libre envuelto en la grande confusión.'

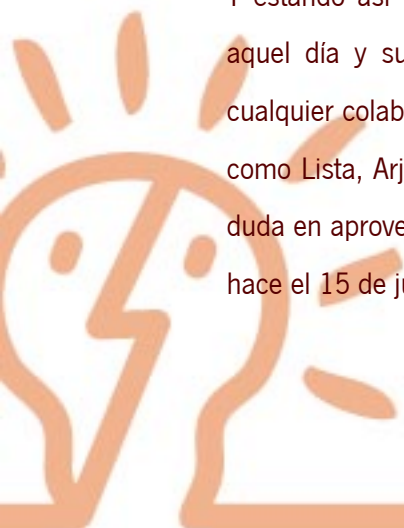
El único remedio a sus males que encuentra en Sevilla en 1803 es impartir las clases de literatura que le encarga la Real Sociedad Patriótica. Será por tanto el primer profesor en Sevilla

de una materia no atendida por la Universidad. Pero no es más que un alivio parcial y muy pronto empieza a buscar la manera de salir de su ciudad. Se le ocurre marcharse a América pero como esto significaría un golpe duro para sus padres, opta por irse a Madrid.

No es fácil describir con exactitud las idas y venidas de Blanco a Madrid en los años 1803 a 1805 utilizando para ello permisos de la Capilla Real bien para curarse de alguna enfermedad o bien para resolver problemas económicos de la Capilla Real en la capital. De todas maneras a partir de 1806 reside ya de hecho en Madrid y al final de año con todos los permisos necesarios para ello. Parece que Blanco tiene ya claro que allí va a solucionar de alguna manera sus problemas: puede vivir más libremente –muy pocos saben que es sacerdote- y también va a encontrar en la tertulia literario-política de Quintana nuevos compañeros que comparten sus mismas ideas sobre la sociedad. Con ellos confirmará las ideas del Contrato Social de Rousseau, aprenderá más sobre política y formará parte del primer grupo liberal que se forma en España. No le importarán demasiado las estrecheces económicas que tiene que sufrir porque a pesar de ellas se siente feliz y libre.

En la segunda mitad de 1807 las cosas le empiezan a ir mejor. En efecto, su gran afición al violín, que el aprendió de su tío Thomas Cahill, lo lleva a hacerse amigo de otro aficionado, el coronel Amorós, muy próximo a Godoy, que le proporciona un puesto en el recién fundado Instituto Pestalozziano dedicado a la educación de los niños y a su preparación para una futura carrera militar. Este empleo con una institución del Estado es como una comisión de servicios que le permite cobrar sus rentas de la Capilla Real de Sevilla, un gran alivio para su precaria economía. Pero lo bueno dura poco y en enero de 1808 se cierra el colegio. No obstante consigue de la Capilla Real un permiso para seguir en Madrid un año más.

Y estando así las cosas le sorprende el Dos de Mayo en Madrid. Su experiencia personal de aquel día y su amistad con Quintana serán los pilares en los que se apoye su rechazo a cualquier colaboración con los franceses, en la que van cayendo algunos de sus mejores amigos como Lista, Arjona y Sotelo. Ante la situación del Madrid ocupado y regido por los franceses no duda en aprovechar la primera oportunidad para escaparse de la capital y volver a Sevilla y así lo hace el 15 de junio de 1808.



Blanco es consciente de que después de un periodo de libertad vuelve a la antigua esclavitud eclesiástica que sufrió en Sevilla, pero el Blanco que vuelve es una persona distinta de la que salió. Es más realista y pragmático, más experimentado en situaciones difíciles, con sus ideas políticas maduras en Madrid. Llega a Sevilla el 9 de julio después de un viaje memorable por Extremadura ya que la ruta ordinaria a través de la Mancha estaba cortada por las fuerzas de Dupont. No tarda en presentarse ante la Junta de Sevilla, presidida por Francisco de Saavedra. Éste lo recibe con toda cordialidad y lo hace sentarse entre los miembros de aquella corporación. Blanco deja bien claro que se ha escapado furtivamente de Madrid porque no quiere servir a los franceses. El padre Manuel Gil, de los clérigos menores, le pide explicaciones sobre cómo consiguió el puesto que le dieron en el Pestalozziano y sobre su amistad con Sotelo que se había pasado a los franceses en Madrid, pero Blanco no tiene dificultad en aclarar estos puntos. Su presencia en Sevilla es la mejor prueba de su patriotismo. Se incorpora inmediatamente a la Capilla Real y vuelve a desempeñar su cargo de Magistral de la misma. Vuelve a desempeñar su oficio religioso, abandonado durante los tres últimos años, sin la menor dificultad. Diez días después de su llegada a Sevilla el general Dupont es derrotado en Bailén por el ejército de la Junta de Sevilla mandado por el general Castaños. El júbilo de la ciudad es extraordinario, sobre todo cuando el héroe militar se presenta triunfalmente en la ciudad. Blanco es uno de los capellanes que le dan la bienvenida y lo acompañan en su entrada en la Capilla real para venerar el cuerpo de San Fernando. Las fiestas duran varios días en los que abundan actos religiosos según la tradición de la ciudad.

Meses más tarde, el 16 de diciembre, la Junta Central también será recibida con una multitud de fiestas cívicas y religiosas, en las que participa Blanco en nombre de la Capilla real. También participa en el solemne y regio entierro de Floridablanca el último día de 1808. El anciano presidente de la Central había caído gravemente enfermo al día siguiente de su llegada a Sevilla y murió pocos días después.

También vemos a Blanco muy interesado en los asuntos económicos de la Capilla Real. Seguramente no le es fácil olvidar las penurias vividas en Madrid. El 27 de mayo de 1809 propone que las misas que los capellanes reales dicen todos los días en el Alcázar para los junteros tengan el mismo estipendio que las dichas en la Capilla, y de hecho consigue que paguen por cada una de ellas nueve reales. Pero parece que el presupuesto de la Junta no

puede realizar este gasto y toma la determinación de que la misa se diga en el Alcázar sólo los días de precepto.

Los anales de la ciudad de este año de 1809 nos hablan del elaborado protocolo que usa la Junta en sus movimientos y desplazamientos dentro de la ciudad atribuyéndose todos los atributos de la soberanía. Pero se muestra incapaz de controlar a los militares, particularmente a los generales Cuesta e Infantado –el primero en particular muy poco amigo de Arthur Wellesley, futuro duque de Wellington y jefe militar de las tropas británicas estacionadas en España, con quien debía estar conjuntado. Los dos generales españoles tenían más ambiciones políticas que capacidad militar. Tampoco era la Junta capaz de enviar suministros de armas, municiones y comida al ejército. De hecho el 11 de agosto de 1809 Wellesley viene a Sevilla desde Extremadura, donde está su ejército. La ciudad lo agasaja con un recibimiento deslumbrador. Pero él no viene a pedirle agasajos a la Junta sino medidas efectivas que solucionen los problemas militares. Wellington se va de la ciudad sin ningún aparato de despedida antes del amanecer del 19 de aquel mes, desengañado al no haber conseguido lo que pretendía. La Junta parece vivir todavía la euforia de Bailén y es incapaz de controlar la grave situación militar por la que pasa el país.

Sí tiene la Junta Central algún éxito cuando actúa tanto sobre los delincuentes comunes como contra los supuestos o verdaderos espías franceses. Así, por ejemplo, el 10 de abril se dio garrote vil al exfraile Luís Gutiérrez que había sido detenido con papeles franceses. En Sevilla nadie sabía, ni incluso el mismo Blanco, que este hombre era el autor de la novela anticlerical y anti-inquisitorial *Cornelia Bohorquia*, que más tarde sería muy popular entre los liberales de la época, y a la que Blanco, ya en Inglaterra, respondería con otra novela más anticlerical, anti-inquisitorial y sobre todo burlesca como *Vargas, una historia española*.

Con la Junta Central llegaron a Sevilla o se fueron incorporando sucesivamente los jóvenes liberales de la tertulia de Quintana. Uno de ellos es el ilustre Isidoro Antillón, que junto con Blanco serán los editores del Seminario Patriótico de Sevilla. Estos jóvenes liberales por su colaboración con la Junta Central serán conocidos con el nombre de Junta chica y jugarán un papel decisivo en la convocatoria de Cortes defendiendo la instalación de un Nuevo Régimen en España que acabe con el que había prevalecido hasta entonces. Serán, por tanto, los promotores

de que las Cortes de Cádiz sean unas cortes constituyentes y no una repetición de las cortes tradicionales del país.

Durante este año de 1809 Sevilla se convirtió en la capital de la España patriótica. En Sevilla reside el embajador inglés Frere, que firma con la Junta Central el tratado de amistad entre los dos países. En el palacio de las Dueñas viven durante unos cuatro meses Lord y Lady Holland, que han venido a seguir el duelo entre los españoles y los franceses. Y otros ingleses más, particularmente viajeros. Blanco, que habla inglés, establece buenas relaciones con ellos, particularmente con Lord Holland. Era entonces el Padre Blanco. Lord Holland habla de política con él intentando moderar el jacobinismo que había adquirido con la lectura de los libros franceses con el pragmatismo de los liberales británicos del partido whig.

Blanco va a manifestar con fuerza las ideas políticas que maduró en Madrid al escribir su primer periódico político, el *Semanario Patriótico* de Sevilla de este año de 1809. Voy a referir brevemente a algunos datos históricos del periódico porque su análisis político se hará en la intervención siguiente de Raquel Rico. El *Semanario Patriótico* había tenido una primera etapa en Madrid, cuando lo fundó Quintana, su único redactor, bajo los auspicios de la Junta Central. En esta etapa se publicaron catorce números que van desde el 1 de septiembre al 1 de diciembre de 1808, este último impreso ya en Sevilla ante la proximidad de las tropas francesas a la capital.

La Junta decidió en Sevilla su continuación y nombró censor a Quintana, ocupado ahora en un puesto de importancia en aquella corporación. Quintana encargó su redacción a Blanco y Antillón, el primero encargado de los artículos políticos y el segundo de la parte histórica del desarrollo de la guerra contra Napoleón. Los números sevillanos, del 15 al 32, diecisiete en total se publicaron del 4 de mayo al 31 de agosto. Hubo posteriormente una tercera etapa en Cádiz, en la que el *Semanario* se convirtió en portavoz oficioso de las Cortes.

El *Semanario Patriótico* de Sevilla tiene una historia dramática porque se cerró al perder sus redactores el apoyo de la Junta, a pesar de que el periódico era leído con mucho interés en los círculos liberales de Sevilla y Cádiz. Ni a la Junta ni a los militares le gustaban los artículos de Blanco ni de Antillón, del primero por su liberalismo combativo en unos momentos en que no se

acababan de definir los objetivos de las Cortes que se anunciaban e incluso surgían dudas serias sobre su celebración. Y del segundo porque era una narración fidedigna que no admitía la censura de la Junta sobre el desarrollo de la campaña militar.

Después del cierre del Semanario Blanco no vuelve a encontrarse a gusto en Sevilla, aunque por razones distintas de lo que había sucedido anteriormente anterior y pide permiso a la Capilla Real para recobrar la salud en Cádiz, como antes lo había hecho en sus escapadas a Madrid. Cádiz había sido siempre para Blanco, desde sus años jóvenes, la ciudad de la libertad, y Sevilla, su ciudad natal, exactamente lo contrario. Volvió a Sevilla el 22 de diciembre y pidió una nueva licencia para seguir cuidando su salud en Alcalá de Guadaira, donde su familia tenía alguna propiedad.

Pero a principios de 1810 la situación militar ha empeorado y los franceses avanzan sin impedimento por Andalucía y se acercan a Sevilla, aunque la Junta Central no informa al pueblo de la proximidad de las tropas francesas. El 17 de enero decreta su próximo traslado a la Isla de León con el pretexto de celebrar allí las Cortes, pero en realidad para salir de la Sevilla amenazada. La proximidad de los franceses hace que la corporación tenga que salir secretamente de Sevilla el 23 de enero y en el camino tienen que sufrir los improperios de los pueblos del camino hasta llegar a la Isla de León.

Blanco, por su parte, sale de Sevilla, junto con su primo político Lucas Beck, al amanecer del 29 de enero, con dirección a Cádiz y con probable destino final en Inglaterra al menos en el caso de Blanco. En su familia se ha comentado con todo detalle esta decisión. Blanco entiende que se ha presentado inesperadamente la mejor solución a sus problemas personales: Inglaterra, la tierra de su familia paterna puede ser el país que estaba buscando para vivir una vida nueva. Además, y sus padres lo saben muy bien, de permanecer en Sevilla tendría que seguir el camino de sus amigos Arjona, Lista y Reinoso, y colaborar con el gobierno francés, invasor de España. Sus padres, llenos de tristeza, no pueden menos que aceptar los hechos como son, pero con el presentimiento de que no volverán a ver a su hijo mayor.

Blanco siempre recordará la figura de su padre, de pie en la orilla del Guadalquivir mientras el barco que lo llevaba a Cádiz se perdía en una de las curvas del río.

Blanco, sin embargo, hace un último intento de permanecer en Cádiz, pero Bardají, el jefe militar de la ciudad y poco amigo de los liberales como él, le aconseja que se vaya. Es como una última crítica al Semanario Patriótico, tan poco del gusto de los militares. Y el 23 de febrero sale de Cádiz en el Lord Howard y desde la cubierta del barco ve con dolor como la ciudad va desapareciendo poco a poco en el horizonte. Llega a Inglaterra el 3 de marzo.

En Inglaterra y animado tanto por Richard Wellesley, el hijo del Foreign Secretary como por Lord Holland y su bibliotecario John Allen, que siguen siendo sus mentores políticos, ahora con más fuerza que en Sevilla, comenzará en un espacio de tiempo increíblemente corto, sólo dos meses después de su llegada, su nuevo y monumental periódico político El Español, que se abre el 30 de abril de 1810 y se cerrará el 30 de junio de 1814. La documentación que encontramos en los primeros números de El Español –así como el contenido de los artículos políticos del Semanario Patriótico, muestra lo mucho que Blanco aprendió de política en la tertulia de Quintana.

Pero eso es otra historia, de la que también se hablará en esta reunión.

